

## LA FUNCION INSTRUMENTAL Y LEGITIMIZANTE DE LA ETICA COMO TEORIA DEL COMPORTAMIENTO SOCIAL EN SISTEMAS SOCIALISTAS

De principio hay que asentir con la tesis del historiador *Isaac Deutscher*, quien ve la raíz de las contradicciones internas de la Revolución de Octubre en la configuración socio-económica de Rusia en la víspera de aquella revolución: «Rusia estaba simultáneamente madura e inmadura para una revolución socialista. Podía llevar a cabo sus tareas negativas, más no sus positivas» (1). Por una parte, los bolcheviques lograron la instauración de su orden dominical y la expropiación de la propiedad capitalista y feudal; por otra parte, no pudieron crear una economía y un modo de vida socialistas que correspondiesen a la intención del marxismo originario. Los «soviets» de los representantes de los trabajadores, soldados y campesinos no estuvieron en la posibilidad de mantener por largo tiempo su posición política dominante, si es que la tuvieron realmente alguna vez. En la Rusia de entonces una condición preliminar esencial del socialismo no estaba dada: faltaba aquella abundancia de bienes y servicios, que solamente puede producir una sociedad altamente industrializada y que es indispensable para que las necesidades del hombre puedan ser satisfechas bajo las condiciones de un nivel civilizado elevado y según el principio de igualdad. Empero, la escasez general y la necesidad de una acumulación primaria impusieron circunstancias que se asemejaban a las de la acumulación primaria capitalista. Simultáneamente, la jefatura soviética se aferró a una idea de sí misma socialista-proletaria, idea que era difícil poner de acuerdo con aquellas circunstancias. De esta situación nació la necesidad ineludible de una legitimización de este estado anormal, la cual adoptaría pronto la cualidad de normalidad secular (2).

---

(1) ISAAC DEUTSCHER: *Die unvollendete Revolution 1917-1967 (La Revolución Inconclusa)*, Frankfurt, 1967, pág. 33.

(2) KARL KORSCH escribió que «el marxismo ruso en todas sus fases evolutivas y en todas sus tendencias no ha sido nada más, desde el mismo comienzo, que la forma ideológica para la lucha material destinada a la imposición del desarrollo capitalista en la Rusia zarista y feudal» (K. KORSCH: «Zur Geschichte der marxistischen Ideologie in Russland», en *Der Gegner*, 1932/3, pág. 9.)

La necesidad de una legitimización general se deducía no solamente de la fundamentación de la identidad política de la revolución, es decir, de su carácter aparentemente proletario-socialista, el cual estaba en evidente contradicción con la experiencia diaria, sino también de la disensión entre la pretensión emancipativa alimentada por la Revolución de Octubre y la «realización resignativa de una concepción de "Socialismo en un solo País", realización que en ningún momento fue reflexionada críticamente» (3). Como señala Oskar Negt, esa legitimidad histórica ausente de la Revolución de Octubre constituye la categoría fundamental, «mediante la cual todas las contradicciones sociales del desarrollo soviético, reproducidas en las teorías, reciben su tinte especial» (4) y que ha aprehendido el pensar y el actuar en todos los campos de la sociedad, poniéndoles su sello. Esto proporciona el fundamento sobre el cual puede tener lugar la retrogresión variada del marxismo originario en ideologemas ontológicos, ideológicos, mecanicistas y edificantes y la cual culmina en la transformación de aquella teoría en una mera concepción del mundo.

En la medida en que la intención emancipativa y los postulados de esa «concepción del mundo», que están obligados hacia el marxismo original, demostraron su incompatibilidad con la praxis diaria, aumentó su independencia con respecto de los procesos concretos de la sociedad, surgiendo aquella esfera de principios y postulados generales y abstractos, los cuales a menudo llegan a estar en contradicción con las normas más concretas de la misma teoría.

Para cubrir la contradicción central de la Revolución, la teoría oficial puso, desde el mismo comienzo, especial empeño en justificar ideológicamente el desplazamiento de todos los esfuerzos hacia la construcción económica del socialismo. Ahora bien, esto ocurrió con el razonamiento válido también hoy en día de que la toma del poder por el partido bolchevique habría de principio resuelto todos los problemas políticos de una revolución socialista y de que ahora el proletariado ejercería efectivamente el poder estatal mediante su vanguardia, el partido. Unido a ello estrechamente existe un otro axioma de la teoría oficial: la estatización de los medios de producción habría eliminado la base para todos los fenómenos de alienación. La negación de la alienación es uno de los puntos capitales de la ética institucional legitimizante: una afirmación así fundamentada de la ausencia de toda alienación dentro del orden socialista priva a la protesta contra la organización oprimente del trabajo —que sigue vigente— de una base teórica y moral y contribuye a la adaptación de la estruc-

(3) OSKAR NEG: «Marxismus als Legitimationswissenschaft (El marxismo como ciencia de la legitimación)», en A. DEBORIN y N. BUXARIN: *Kontroversen über dialektischen und mechanistischen Materialismus (Controversias sobre el materialismo dialéctico y mecanicista)*, Frankfurt, 1969, pág. 14.

(4) *Ibid.*

tura de conciencia por parte de cada individuo a la mencionada organización. «El trabajar al servicio del Estado soviético es moralmente positivo en sí mismo, la verdadera vocación del ciudadano soviético» (5). El motivo principal de la ética de todos los sistemas socialistas es la glorificación de la resignación y del trabajo sacrificado como virtudes ejemplares y valores que deben ser alcanzados. Esta ética laboral denota una semejanza incuestionable con la ética capitalista primigenia, la cual provenía de la misma necesidad fundamental: en ambos casos fue necesario transformar grandes masas de campesinos en un potencial laboral bien instruido y disciplinado y colocar un nimbo de perfección ética a la rutina rica en privaciones de la jornada de trabajo. Junto a esto marcha la coerción de la industria moderna de producir cada vez mayores cantidades de bienes en forma cada vez más rentable. Una ética laboral adecuada a ello debe alabar la elevación del rendimiento y la laboriosidad como los valores morales más altos y tiene igualmente como tarea el proyectar pautas de comportamiento y normas de control para todos los aspectos de la vida que sean favorables a aquel fin preestablecido. Así se conforma la ética a ser un instrumento que ayuda a garantizar la ejecución eficiente y libre de conflictos de las metas establecidas por la jefatura del Estado y del partido.

Las coerciones de la industrialización forzada y el postulado del carácter socialista de la Revolución —sólo como consecuencia de la estatización de los medios de producción— llevaron a concentrar todos los esfuerzos en la construcción económico-técnica y produjeron una amplia despolitización de las masas trabajadoras. El carácter *ideológico* de la doctrina oficial y la función instrumental de la ética fueron, desde el comienzo, incompatibles con una conciencia político-crítica; la eliminación de la dimensión política y el destierro del espíritu crítico pertenecen desde entonces a los caracteres básicos de la teoría institucional. La insistencia sobre el carácter socialista de la Revolución tenía la función — eminentemente importante — de hacer creer a las masas la participación en el poder político, para que la disponibilidad de ellas sea aún más elevada. El propio Lenin ha contribuido significativamente a establecer el mito del carácter ya socialista del Estado soviético y a identificar la dictadura del proletariado con la dictadura del partido sobre el proletariado (6), una contribución que ha sido decisiva para el posterior atrofiamiento del marxismo soviético a una mera ideología.

La concentración en la economía reproduce en realidad el principio del orden

(5) H. MARCUSE: *Die Gesellschaftslehre des sowjetischen Marxismus (El marxismo soviético)*, Neuwied/Berlin, 1964, pág. 222.

(6) Cfr. LENIN: «Die nächsten Aufgaben der Sowjetmacht — ursprünglicher Entwurf (Las tareas inmediatas del poder soviético)», en *Werke (Obras)*, tomo 27, pág. 205. Critica a esto KORSCH: Op. cit., pág. 11.

capitalista que debe ser superado; esto es, que el proceso laboral decide sobre la existencia general del hombre y no las necesidades generales sobre el proceso laboral. «No es esencial que el proceso laboral esté regulado estrictamente de acuerdo a un plan, sino saber cuál interés determina la regulación y si en este interés están resguardadas la libertad y la felicidad de las masas» (7). El escamoteo de este elemento posee no solamente un interés teórico. Sin libertad y felicidad, sin la dimensión de la conciencia crítica y política, no es posible superar aquella vieja injusticia: la impotencia del individuo frente a los mecanismos del orden económico —considerados como «leyes naturales»— y su dependencia de las pautas preestablecidas de comportamiento, aun cuando se llegue al máximo aumento de la producción y a la eliminación del modo de producción capitalista. Acertadamente señaló Max Horkheimer que la crítica de la economía política no debe disolverse en mero economismo: «Que la política dependiese de la economía era el objeto de estudio de la economía política, pero no su programa» (8).

El destierro de la dimensión crítico-política desde la óptica de la teoría y la ética oficiales marcha paralelamente, desde el comienzo de la Revolución de octubre, con una neutralización de la concepción de ideología, la cual se decantó luego en el centro de las concepciones teóricas de todos los sistemas socialistas (9). Todas las variantes del marxismo institucional no conciben más *ideología* como la conciencia falsa, socialmente necesaria que se ha independizado con respecto de los sujetos actuantes y pensantes, conciencia que, para

---

(7) MARCUSE: «Philosophie und Kritische Theorie (Filosofía y teoría crítica)», en *Zeitschrift für Sozialforschung (ZfSF)*, 3 de junio de 1937, pág. 638. Sobre esto escribió HORKHEIMER, refiriéndose, probablemente, a la Unión Soviética:

«La lucha por ese futuro (concordancia entre el pensamiento y la realidad, entre necesidades humanas y su satisfacción) refleja quebradamente la concordancia, en la que la voluntad, refiriéndose a la configuración de la sociedad en conjunto, ya es eficaz y conscientemente activa en la construcción misma de la teoría y praxis. En la comunidad y organización de los combatientes aparece ya algo de la libertad y espontaneidad del futuro, a pesar de toda la disciplina, necesaria para poder imponerse. Allí donde la unidad de disciplina y espontaneidad ha desaparecido, el movimiento se convierte en un asunto de su propia burocracia: un espectáculo que ya pertenece al repertorio de la historia contemporánea.» (HORKHEIMER: «Traditionelle und Kritische Theorie», en *ZfSF*, 2 de junio de 1937, pág. 271.)

(8) HORKHEIMER: «Philosophie und Kritische Theorie», en *ZfSR*, 3 de junio de 1937, página 630.

(9) Esto vale también para el marxismo cubano. Cfr. FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA: «El ejercicio de pensar», en F. FERNÁNDEZ-SANTOS y J. MARTÍNEZ (Eds.): *Cuba: Una revolución en marcha*, París, 1967, pág. 330.

justificar un estado social dado, declara su facticidad como si fuera la meta social deseable. Ideología deja de ser la apariencia socialmente necesaria que proviene de la organización misma de la sociedad y la contradicción entre fuerzas productivas y formas de producción. Se llega así a la exclusión del conocimiento de que la función de toda ideología consiste en la justificación de la injusticia histórica, en cohonestar el mal necesario y en la fabricación de compensaciones aparentes para los sacrificios sufridos.

En contraposición a esto, la teoría oficial utiliza el término «ideología» en sentido neutral o positivo; el marxismo-leninismo es calificado como la ideología de la clase trabajadora, que se encuentra frente a otras ideologías, como ser frente a la ideología liberal-capitalista. Según esta concepción, ideología designa la conformación principal de la superestructura de un orden social cualquiera; crítica ideológica degeneraría entonces a una clasificación de fenómenos «ideológicos» según la clase social. Esta concepción de ideología posee una paralela llamativa en la sociología de la ciencia de Karl Mannheim, la cual sostiene el aprisionamiento ideológico como característica esencial de la estructura del pensamiento humano: todo pensar dentro de la sociedad sería «atado al ser», mera expresión de intereses de clase determinados; todo pensamiento estaría entonces bajo la «sospecha de ideología». En ambos casos se constata una retrogresión del concepto de ideología a la psicología del interés premarxista, una retrogresión que, como relativismo general, «de principio excluye una emancipación del pensamiento de perspectivas siempre condicionadas por intereses» (10). La neutralización del concepto de ideología se basa en ambos casos en una concepción de la historia social-darwinista, según la cual el proceso histórico se reduciría a la lucha continua entre grupos o clases sociales y cuyo desenlace se decidiría por la supremacía de organización, armamento y pertrechos ideológicos y no por la comprensión racional (11). Ahora bien, si todo pensamiento es ideológico y parcial, entonces la búsqueda del conocimiento objetivo no tiene, evidentemente, ningún valor: desde este punto de vista es comprensible que toda forma de tomar partido por la organización revolucionaria valga mucho más que un enfoque crítico o la búsqueda del conocimiento objetivo.

La parcialidad de todo pensamiento dispensa a la teoría oficial de una ocupación crítica en todas las filosofías premarxistas y con todos los momentos progresivos de proveniencia liberal. El partidismo («partijnost») de la teoría

---

(10) H. SCHNÄDELBACH: «Was ist Ideologie? (¿Qué es ideología?)», en *Das Argument*, 1969/50, pág. 87.

(11) SCHNÄDELBACH: *Ibid.*; K. PAPAIOANNOU: *L'idéologie froide. Essai sur le dépérissement du marxisme*, París, 1967, págs. 28-31.

lleva á cabo exactamente lo mismo que toda ideología —como mera manifestación de un orden dado— ha sabido producir en todo tiempo: una contribución para la integración de los individuos en el orden existente, para la consolidación del *status quo* mediante el encubrimiento de los hechos efectivos y de las contradicciones sociales y para la elaboración de compensaciones morales como indemnización de las injusticias sufridas. Así es que la cuestión referente a los medios para la construcción del socialismo se sobrepone y desplaza la cuestión referente a la significación del fin mismo: la suma total de los medios deviene el proceso histórico como tal, el cual, según la doctrina oficial, ha alcanzado ya el fin principal político-social —en realidad, sin embargo, justamente debido a esta suposición, el objetivo está siendo retrasado indefinidamente—. Desde este punto de vista se podría, naturalmente, justificar teóricamente una autonomía de los medios y, efectivamente, no fue recién en la era stalinista cuando se decidió adelantar la construcción económica del socialismo «en el plazo más breve» y «a cualquier precio». En su polémica contra Kaustky, Trockij justificó las medidas terroristas del Gobierno soviético y el empleo de cualesquiera medios con el argumento de que ello había sido corriente en toda la historia presocialista (12). Ciertamente, Trockij mismo criticó posteriormente el intento de construir un nuevo orden usando los medios desacreditados del orden anterior: según él, el Estado soviético denotaría un doble carácter, que sería incompatible con una genuina democracia soviética. Aquel Estado sería socialista con respecto al régimen de propiedad, pero burgués con respecto a la conservación de métodos tradicionales de control y coerción (13). Por cierto, Trockij omitió iluminar críticamente su propia parte en ese desarrollo, es decir, cuando él aconsejó y aprobó un empleo generoso de los medios incriminados.

La tarea de sancionar estas circunstancias ha correspondido a la ideología, purificada para ello de todo momento crítico: la ética, en cuanto doctrina general del comportamiento social, se hizo cargo del negocio de elaborar pautas de comportamiento y desarrollar mecanismos de control que coadyuven ese sancionamiento. En la ética han quedado, por cierto, fragmentos de aquellas esperanzas y anhelos, de aquellas imágenes de justicia, felicidad y libertad, que provienen de las tradiciones humanista y marxista; fragmentos que determinan la superioridad de esta ética frente a las otras doctrinas morales de carácter institucional, pero que no alcanzan para contrapesar la función legítimi-

---

(12) L. D. TROCKIJ: *Terrorismus und Kommunismus. Anti-Kautsky (Terrorismo y comunismo. Anti-Kautsky)*, Viena, 1920, págs. 34-45, 52.

(13) L. D. TROCKIJ: *Verratene Revolution (La revolución traicionada)*, Frankfurt, 1968, págs. 56-58.

zante e instrumental de la misma. La exigencia de la ética institucional hacia la positividad de los valores y el dominio de las pautas aprobadas de comportamiento, así como la decadencia teórica de la doctrina oficial no poseen una significación académica solamente; pues la hipostación de los medios a la calidad de fin genuino y la pérdida de la dimensión crítica privan a la praxis liberante de su norte y de la instancia correccional, y sin estos elementos se retira de la existencia humana la esperanza de un mejoramiento fundamental (14).

\* \* \*

La discrepancia entre la configuración actual de la ética institucional de países socialistas y los principios éticos deducibles del marxismo originario se debe esencialmente a la función específica que fue atribuida a la ética en una sociedad que se había propuesto simultáneamente una industrialización forzada y el establecimiento de relaciones socioeconómicas de corte socialista. Esta doctrina ética no puede, por una parte, abandonar los principios emancipativos y humanistas que se derivan de la teoría marxista (por lo menos verbalmente); por otra parte, no puede cerrarse a la adopción de elementos tradicionales de las doctrinas morales preburguesa y capitalista, las cuales aparecen como indispensables para el proceso de la acumulación acelerada de capital, la modernización de la estructura industrial y para un correspondiente disciplinamiento de las fuerzas laborales. Así es como la ética oficial despliega su carácter ecléctico y contradictorio. Con respecto a esto se puede consignar lo siguiente: cuanto más concretamente son tratadas pautas de comportamiento, instrucciones para actuar y metas educativas, tanto más clara e influyentemente tiene lugar la inclinación hacia los elementos tradicionales.

El rol de la ética en países socialistas recibe su significación del hecho de que los enormes procesos de alteraciones sociales no pueden ser llevadas a cabo exclusivamente mediante medidas de coerción, sino que ellos podrían ser introducidos con menores roces si las pautas de comportamiento aprobadas oficialmente son internalizadas en la conciencia de los ciudadanos en tal grado que éstos las toman por valores y objetivos propios, desarrollando al mismo tiempo un interés «propio» por la conservación del *statu quo* y por la realización de las intenciones estatales. El alcanzar la integración en lugar de subordinación y la autoeliminación de resistencias en lugar de la represión es muy ventajoso desde el punto de vista económico para el Estado que lleva a cabo la acumulación, pues así tiene lugar una descarga notable del aparato burocrático. Simultáneamente se puede dar un desplazamiento importante de recursos hu-

---

(14) HORKHEIMER: *Traditionelle und Kritische Theorie*, op. cit., pág. 284.

manos hacia los sectores productivos. Esta internalización, buscada por el Estado, puede ponerse en práctica solamente acompañada por un amoldamiento sociopolítico copiado de los *standars* ya existentes y que conlleva la eliminación de la dimensión crítico-política en todos los terrenos de la sociedad, incluyendo el pedagógico. Ella proviene, en último término, de la concepción leninista del partido, según la cual la actividad genuinamente política es cosa de una pequeña minoría de revolucionarios profesionales, los cuales reclaman para sí la representación de los intereses de la mayor parte de la población. Esta concepción puede ser usada abusivamente para lograr la despolitización de las masas. La ausencia de la dimensión crítico-política causa igualmente la privatización de la vida social en el sentido de que los intereses y las motivaciones de los individuos se concentran en el nivel de la carrera propia y del consumo. Criterios como éxito, rendimiento y capacidad de consumo determinan la vida de un orden social privatizado, el cual denota, en último término, una diferencia de carácter meramente cuantitativo con respecto al orden capitalista.

La falta de un enfoque fundamentalmente crítico descubre el reverso dialéctico de la despolitización y privatización: el hecho de subsumir lo individual bajo lo abstracto-general, que se manifiesta concretamente en el colectivismo ético recomendado, en la uniformidad general —y de ninguna manera casual— de las esferas cultural y política, en la desatención a los derechos fundamentales de contenido liberal y, finalmente, en la interpretación de entusiasmo y sentimiento como si fuesen equivalentes a una conciencia política.

Parece que los sistemas socialistas están hasta ahora imposibilitados de llevar a cabo el disciplinamiento de las fuerzas laborales y su incorporación a la inmensa tarea de la industrialización acelerada sin el recurso de la ética tradicional laboral, la cual tiende a la coonestación de la laboriosidad, de la obediencia y de la capacidad de rendimiento situada sobre el promedio.

El mérito histórico de la Revolución Cubana consiste en ver la motivación hacia el trabajo y especialmente hacia el indispensable rendimiento adicional, no tanto en la coerción estatal o en la recompensa financiera, sino en el ímpetu moral, el que, independientemente del reconocimiento material, quiere efectuar su contribución a la construcción del socialismo. Pero como esta doctrina ha permanecido confinada al plano moral, sin haber sido complementada por derechos de participación política y por posibilidades de autodeterminación y cogestión en el lugar de trabajo, y como, por otra parte, las necesidades de un desarrollo económico forzado requirieron la movilización total de todas las reservas para la elevación de la producción, el Gobierno cubano no pudo hacer otra cosa que servirse otra vez intensivamente de la ética laboral tradicional, máxime si ésta nunca había sido abandonada (a pesar de la pro-



paganda oficial cubana en ese sentido desde 1961 hasta 1969) y si experimentos con la nueva moral se habían caracterizado por marcadas inconsecuencias.

Frente a ello, el mérito específico de la ética de la República Democrática Alemana (RDA) consiste en que ésta ha tomado en cuenta las necesidades de una sociedad altamente industrializada, que se acerca rápidamente a la automatización en el campo económico, pero que políticamente permanece no emancipada. Por lo tanto, aquí se echan por la borda valores de catecismo que han devenido disfuncionales; además, esta ética está en tren de convertirse en un método estrictamente formalizado para aprehender y medir el comportamiento humano, sobre todo el rendimiento laboral. En cuanto método formalizado, esta ética debe emitir juicios sobre la adecuación de modos de comportamiento con respecto a fines prefijados, nunca empero sobre los fines mismos. La ética de la RDA anticipa probablemente el desarrollo de las doctrinas morales de los otros sistemas socialistas, especialmente cuando el período «heroico» en la construcción del socialismo se acerca a su conclusión y cuando el objetivo principal pasa a ser la elevación permanente de la rentabilidad en todos los ramos de la industria.

Mientras que la función *ideológica* de la ética un poco más tradicional se manifiesta en la coonestación de los modos de comportamiento y habilidades indispensables para una industrialización forzada como virtudes genuinamente socialistas, la misma función de la nueva ética positivizada consiste en que ésta trata de hacer pasar la conducción automatizada y óptima de industrias en crecimiento por el control consciente de la producción de parte de los productores mismos.

La función ideológica de la ética socialista recuerda de manera inequívoca su tarea primordial, es decir, ser un instrumento para la superación de objetivos *presocialistas*, los cuales aún hoy en día conforman la mayor parte de los esfuerzos de todos los regímenes socialistas. Empero, la coonestación de tareas y modos de comportamiento presocialistas como si fuesen genuinamente socialistas hace desaparecer la distancia crítica con respecto al conjunto de medios y métodos utilizados, creando así el peligro de que los elementos negativos de proveniencia preburguesa y capitalista y de que, por lo tanto, la libertad constitutiva del orden social presocialista sean introducidos y perpetuados en la nueva sociedad bajo un tinte socialista. La ética del rendimiento, esa característica tan destacada del principio archiburgués de la equivalencia, puede devenir obsoleta recién cuando el desarrollo de las fuerzas productivas sea tal que la escasez no constituya más el rasgo distintivo y determinante de la constitución económica. La situación aporética de la ética institucional proviene, en último término, del momento prematuro en que acometió el establecimiento de un orden socialista de propiedad y producción. Marx mismo, en forma

visionaria, había prevenido ya en 1846 contra esa premadurez, declarando que el desarrollo de las fuerzas productivas era una «condición práctica absolutamente necesaria» para el socialismo, porque sin él se generalizaría solamente la penuria y con ella comenzaría nuevamente la «lucha por lo necesario», resuscitando así nuevamente la antigua desgracia de la Historia (15). En 1852 Marx escribió estas palabras proféticas, que deberían anticipar una de las características de nuestra época: «La Revolución podría sobrevenir antes de lo que nosotros deseamos. Nada sería más grave, que los propios revolucionarios tengan que tomar a su cargo el proveimiento de pan» (16).

H. C. F. MANSILLA

---

(15) MARX y ENGELS: «Die Deutsche Ideologie (La ideología alemana)», en MEW (*Obras de Marx y Engels*), tomo 3, págs. 34 y sig. Sintomáticos en este sentido son los comentarios evasivos e improductivos de TROCKIJ —uno de los pensadores de la Revolución de Octubre, a quien, por lo menos, no puede negársele consecuencia y claridad— en torno a este pasaje de la *Ideología alemana*. (Cfr. TROCKIJ: *Verratene Revolution*, op. cit., págs. 58 y sigs.)

(16) MARX: «Carta a Engels del 19 de agosto de 1852», en MEW, tomo 28, pág. 116.